



En el transcurso de la semana, Fraga ha tenido dos piedras de toque a destacar entre las muchas que están en o se tiran a su camino. Una piedra de toque ha sido la huelga del Metro madrileño. Otra, el parsimonioso paseo de Mosén Xirinaacs ante la Cárcel Modelo de Barcelona, rodeado de simpatizantes, antagonistas de extrema derecha y Policía Armada dirigiendo la extraña sinfonía de voces y ruidos. El país político espera con cuatro ojos las respuestas de Fraga. Se cruzan apuestas sobre cuándo y cómo perderá los estribos. La leyenda de las furias de Fraga le ha dado cartel de hombre autoritario y octavilla clandestina de hombre desafortado. El cartel le ha servido para que la gente de orden del país haya recurrido a él en busca de la piedra filosofal de la democracia autoritaria. La octavilla clandestina de hombre desafortado sigue sobrevolando sobre los techos y las cabezas alzadas a la espera de acontecimientos. Lo grave es que el principio de autoridad es uno de los pocos principios que no puede reinstaurarse ni restaurarse. Tras el largo sometimiento a un principio de autoridad de "excep-

ción", no hay otra salida que la normalización del principio de autoridad, basándolo en el consenso libre de la ciudadanía, y esa normalización está tan en la noche de los tiempos como en el octavo día de la semana que viene.

Si en España hubiera delitos políticos a nivel "francés", probablemente Mosén Xirinaacs no proseguiría su tozuda, sacrificada carrera de testigo de lo que no debiera existir. En un país normalizado, Mosén Xirinaacs sería una extravagancia. En España es un luchador por la normalidad. Si en España la representatividad sindical y el instrumento de la huelga como elemento disuasorio de la clase obrera estuvieran a un nivel "francés", la huelga del Metro de Madrid hubiera tenido cauces tranquilizadores y no hubiera requerido la tempestad de palabras y gestos graves. Hay una conciencia histórica latente, común al hombre secular occidental, por encima de fronteras políticas o geográficas, de lo que es "natural" y lo que no es "natural". Que se pueda seguir estando en la cárcel por querer modificar un modo de producción por vías electorales es algo

La Capilla siXtina

VIOLA EN BANGKOK

Si tuviera que explicarles qué hacía yo en Bangkok la noche de fin de año en pleno río de seiscientos conciudadanos del Estado español convocados por Bocaccio, me vería en un apuro, porque aún ahora no sé si fui para bañarme en pleno enero, para ver numeritos de Emmanuelle en una "boîte" semiclandestina o para ponerme morado de excelente cocina tahl, india o china. Lo cierto es que la noche de fin de año yo aguardaba el toque de las doce campanadas agarrado a una copa de champán, no excesivamente frío ni barato. Tenía conciencia de que la historia española es tan curiosa que el primer año de la era de J. C. (léase Juan Carlos) coincidía con el mil novecientos setenta y seis, año de otra era J. C. (léase Jesucristo). Y así estaba yo mirando de reojo una mesa donde Amestoy ponía cara de pequeña pantalla y Antonio de Olano regalaba títulos de príncipe, tanto a diestra como siniestra, mientras goteaban mansamente los gigantescos bloques de hielo con que los "boys" tailandeses del hotel Siam habían escrito Feliz Año 1976. Ya esperaba poco o nada de la noche, después de un "buffet" libre absolutamente trascendental, el mejor "buffet" libre que se recuerda en el Sudeste asiático.

La noche había tenido para mí la compensación de haberme llenado un plato de "roast-beef" al lado, al ladísimo de Mónica Randall, uno de los animales humanos al que más me gusta ver y que ahora estaba allí, allí mismo, oigan, poniéndose "roast-beef" e incluso sonriéndome al cruzarse sus ojos con los míos, anochecidísimos tras los cristales casi rotos por tan mágico encuentro. Por cierto que cuando he tratado de transmitir a Encarna la emoción que me produjo comprobar que Mónica Randall existe, la muy bruta se ha limitado a contarme:

—Pues no sé que le encuentra usted a esa chica. Monina, eso sí. Pero como ésa, en la calle Princesa, así, a patadas.

Bien. A lo que iba. Cansado por las emociones del "buffet" y del encuentro, me avenía a pasar lo menos mal posible la hora que faltaba para el ding dong dichoso, cuando una voz, que parece salir del cielo, pero que en realidad sale del micrófono que hasta ese momento empuñaba un desanimante animador de pista, proclama:

—Dedicado a Sixto Cámara: ¡Que dimita Viola!

Coño. Pensé. Y me levanté sacudido por el rayo de la convocatoria política. ¿Quién ha sido? Indagué y se me señaló a un caballero ligero, plateado, embigotado, que avanza al lado de una señora ligera, rubia, dotada de una excelente espalda y de una sonrisa de final feliz de película de Hollywood. El caballero se me presenta. Es un abogado barcelonés llamado Enrique Vila y ha aprovechado la feliz coincidencia de mi estancia en Bangkok y el invento del micrófono para politizar la cena de fin de año.

—¿Puedo publicar su nombre?

—No faltaba más.

Y se marcha con sonrisa y andares de futuro alcalde de Barcelona. ■

SIXTO CÁMARA